

SACHS, Jeffrey. *El fin de la pobreza. Cómo conseguirlo en nuestro tiempo*. Madrid: Random House Mondadori-Debate abierto. 2005, 549 pp.

Aunque hay muchos subtemas interesantes y valiosos, el libro trata de la situación de la extrema pobreza en el mundo y sobre cómo los países ricos pueden contribuir a su erradicación. Esa es la lectura privilegiada por el profesor Sachs. En esta época de especial mezquindad en cuanto a los recursos que se asignan a esos objetivos, el libro apunta, sin duda, a un problema real y urgente. Un aspecto especialmente valioso en el libro es el sentido de urgencia ante la desgracia humana que transmite a lo largo de todas sus páginas.

El objetivo final es acotado con claridad, pues se trata de «acabar con la pobreza extrema, no con toda la pobreza; y menos aún igualar las rentas mundiales o reducir la distancia entre ricos y pobres» (p. 404). El enfoque es también claro y reiteradamente señalado en el libro. Por ejemplo, indica el autor que:

Durante demasiado tiempo ha habido excesiva reflexión económica orientada hacia un problema equivocado: cómo convertir a los países pobres en modelos de manual de buen gobierno o en economías de mercado eficientes. Se ha hecho demasiado poco para detectar las intervenciones específicas y de rentabilidad demostrada que puedan marcar la diferencia en los niveles de vida y el crecimiento económico (p. 404).

Podemos dividir el libro en tres partes. La primera, introducción y capítulos del 1 al 4, constituye un diagnóstico sobre la pobreza, pero sobre todo de la extrema pobreza en el mundo. Los capítulos intermedios, del 5 al 9, tratan principalmente de las experiencias de estabilización y reformas institucionales en diversos países. Los casos en Bolivia, Polonia, Rusia, China e India, solo indirectamente tienen que ver con la manera de enfrentar la extrema pobreza. En la tercera

serie de capítulos, que van del 10 al 18, vuelve al tema anterior. Un libro tan grueso reúne una masa enorme de información y de matices que no podemos recoger en esta, de todos modos, larga reseña.

El capítulo 1 propone una visión del desarrollo económico en donde se define la situación de los países según su ubicación en una especie de peldaños, siendo el desarrollo un proceso por el cual se pasa de uno a otro superior. En ese sentido, la visión sigue la pauta general de Rostow y de otros, de acuerdo a las cuales hay situaciones y etapas que siguen unas a otras. En el caso de este libro de Sachs, las etapas son básicamente dos: una que va desde el tipo de economía que reproduce y agrava su subdesarrollo, por lo que se define como situada en una trampa de la pobreza, a otra que puede evolucionar positivamente. El libro trata sobre cómo pasar de la trampa al primer peldaño. En ese paso se concentra el libro. Más adelante, en el texto se reconocen otros peldaños a trepar, pero no se ordenan sistemáticamente, pues no merecen una atención significativa para el autor a lo largo del volumen. Se da por sentado que si se pasa de la trampa al primer peldaño es más fácil pasar al segundo, basándose en los recursos y reglas comunes en la economía contemporánea. Llegar al primer peldaño no asegura ningún paraíso, pues, refiriéndose a Bangladesh, país que ya estaría en el primer escalón, indica que «Las fábricas donde reina una explotación tan intensa son el primer peldaño de la escalera para salir de la pobreza extrema...» (p. 39). Aun así, el autor considera que esos trabajos son un progreso para mujeres y hombres que se encontraban atrapados en la trampa.

Para que se extienda la prosperidad a más países, en el capítulo 2 el autor manifiesta: «Creo que la razón más importante por la cual la prosperidad se extendió y sigue extendiéndose es la transmisión de la tecnología y de las ideas subyacentes» (p. 79). Durante todo un período ello supone traerlas del exterior. Los países grandes como China, no escapan de esta exigencia (p. 226 y 238). Con todo, el autor insiste en que no hay medios únicos para lograr ese objetivo, pero descarta de plano tanto la planificación centralizada del segundo mundo como la autarquía que caracterizaría al tercero (p. 87).

En el capítulo 3 se propone una explicación de la trampa en la que se encuentran los países más pobres del mundo, sobre todo los del

África Sub-sahariana. Los factores que reproducen el entrampamiento son cuatro, actuando más o menos simultáneamente: bajo ahorro, debido a la pobreza, baja especialización y comercio, escaso avance tecnológico y reducido producto por unidad de insumo y poca utilización de recursos naturales por persona, lo que resulta en un reducido producto por persona (p. 94). De ellos, el punto de partida es la insuficiencia del ahorro que resulta de la extrema pobreza y el libro trata principalmente de cómo revertir dicho problema. Las maneras específicas de hacerlo cambian debido a las diferentes condiciones geográficas (cercanía al mar) y a otras diferencias, pero la sensibilidad a estas apunta a afinar el tipo de cooperación internacional que resulta necesario y que es materia de los capítulos que ocupan la mayor parte del libro. Podemos adelantar la conclusión de que la cooperación internacional es considerada por el autor como el factor más eficaz para sacar a los países más pobres de la trampa y colocarlos en el primer peldaño del desarrollo, tras lo cual la ayuda externa será secundaria y cada vez menos importante. El crecimiento se basará cada vez más en la innovación tecnológica y se hace cada vez más endógeno y autosostenido (p. 105 y 120). La escasa productividad de alimentos está en la base de la trampa de la extrema pobreza y esa situación tiene que ver sobre todo con la escasez del recurso tierra y el elevado crecimiento demográfico (p. 115–116). Una manera de resumir la tesis del libro es la siguiente:

Quando los países ponen un pie en la escalera del desarrollo, generalmente son capaces de seguir ascendiendo por ella. Todos los aspectos positivos tienden a moverse al unísono con cada peldaño que se sube: volumen de capital más elevado, mayor especialización, tecnología más avanzada y fecundidad más baja. Si un país está atrapado al pie de la escalera, con el primer peldaño a demasiada altura del suelo, el ascenso ni siquiera puede iniciarse. El objetivo principal de desarrollo económico para los países más pobres consiste en ayudarlos a poner el pie en el primer peldaño de la escalera (p. 120).

Para lograr ese resultado, es necesario que la ayuda sea al mismo tiempo suficiente para y adecuada a la realidad de cada país. En esa diferenciación entre los países insiste en el capítulo 4 y es, junto a los capítulos 5 al 7, ahí donde enfila más concentradamente su crítica a las prácticas del Fondo Monetario Internacional (FMI) y al Banco Mundial (BM). Por un lado, estos organismos recomiendan cosas demasiado

simples y similares, mientras que por otro, no logran movilizar suficientes recursos. La metodología que toma en cuenta las diferencias entre países es denominada por el autor como *economía clínica* (p. 122).

Los capítulos sobre transiciones económicas (Bolivia, Polonia y Rusia) constituyen una digresión, con apreciables componentes autobiográficos, y son sobre países que ya están fuera de la trampa de la pobreza extrema. El mensaje general es que los países pueden estabilizar sus economías con políticas macroeconómicas menos costosas humanamente y con cambios institucionales más adecuados a cada país que los impulsados por el FMI y el BM. Los medios para hacerlo son diversos, pero apuntan al uso más flexible de las reservas internacionales para salir de las crisis, el recurso a los bonos, a una mayor ayuda internacional para capear los peores momentos, incluyendo una política más blanda en el campo de la deuda externa (p. 194).

Desde América Latina, resulta especialmente interesante su experiencia en Bolivia. Un ejemplo ilustrativo, tras un aumento de salarios que se había prometido por el gobierno, se resume así:

Ideé rápidamente un truco para resolver lo ocurrido. Dije que el Banco Central tenía que vender en el mercado monetario sus reservas de divisas a cambio de los pesos que se acababan de emitir. La operación con las divisas permitiría absorber los pesos recién emitidos. El tipo de cambio se fortalecería, los precios en pesos dejarían de subir y los aumentos salariales recién anunciados podrían obviarse (p. 152).

De este tenor, así como sobre reformas institucionales en la transición al capitalismo en Polonia y Rusia, son las diversas recomendaciones que se presentan en los capítulos siguientes. Una lección en la que el autor insiste se refiere a la necesidad de conseguir apoyo externo para contrarrestar las fuerzas disgregadoras propias de las crisis económicas y reducir los costos humanos. La negativa del FMI a gestionar esos recursos es una de las principales acusaciones a esta institución. Estos capítulos mantienen la unidad con los que tratan de programas contra la extrema pobreza en la medida en que el aspecto común a ambos es la ayuda internacional y el otro lado de la medalla, lo dañino de la deuda externa. El factor externo es clave para las estabilizaciones macroeconómicas y para lograr la aceptación de las reformas institucionales. Conseguir esos recursos fue el principal esfuerzo personal

del autor en esas experiencias. Los capítulos 8 y 9, sobre China e India, tienen un carácter distinto, tanto en el grado que se involucra el autor como en lo temático. Se trata de diagnósticos sobre las potencialidades y límites para el desarrollo a largo plazo. Incluyen resúmenes de la historia milenaria de los países, descripción de procesos concretos y, desde ahí, aceptación de sorpresas debidas a la falta de correspondencia entre los éxitos económicos y lo que la teoría de las ventajas comparativas hubiera sugerido (p. 258).

Los siguientes capítulos comienzan con el caso de África Sub-sahariana, que constituye la base experimental que ordena lo principal del libro. Se inicia con un conjunto de críticas al FMI y al BM en el mismo sentido indicado arriba, a propósito de otras experiencias nacionales. Al diagnóstico general resumido antes en esta reseña, pobreza extrema y geografía adversa, hay que añadir la profundización de esa trampa como resultado de las enfermedades, particularmente la malaria y el SIDA, a las que dedica muchas páginas en el conjunto del libro.

En el capítulo 11, Sachs engancha la problemática del libro con las *metas del milenio* y destaca el papel que debe tener la ONU en la coordinación de las múltiples iniciativas necesarias para erradicar la extrema pobreza. Un rasgo central del capítulo es el intento en el que participa el autor para conseguir la ampliación de los fondos de ayuda al desarrollo. El enorme gasto en Irak se contrapone con la dificultad para, por ejemplo, llegar al 0.7% del PBI de los países ricos.

Desde el capítulo 12 en adelante se detallan diversos aspectos de la propuesta del autor para erradicar la extrema pobreza. La clave, como hemos indicado antes, es la cooperación internacional. La magnitud y el tipo de inversión en desarrollo son decisivos en ese esfuerzo. Las experiencias relatadas por el autor en aldeas rurales o asentamientos urbanos en la India sirven de base para recomendar medidas precisas y diferenciadas de ayuda al desarrollo económico y humano de sus poblaciones. La erradicación de la pobreza extrema requeriría un trabajo desde abajo, pero conectando muchas experiencias entre sí y con el mundo de los ricos.

La vía del éxito en ese objetivo es la capitalización de los pobres (p. 344), tema del capítulo 13. Si el conjunto del libro trata sobre el aporte

de la ayuda a la erradicación de la extrema pobreza, en este capítulo se especifica la forma que esa ayuda debe tener para lograr su objetivo. El capital humano, empresarial, natural, institucional, público e intelectual deben sumarse para superar la trampa de la pobreza y hacer de los pobres, personas capaces de valerse por sí mismas. La pista que nos da el autor no recorre procesos, jerarquías, la competencia en el mercado o las estructuras o relaciones sociales y de poder, tampoco los incentivos o las organizaciones. La mira está puesta en el capital del que están dotadas directa o indirectamente las personas: «¿Cómo superar la trampa de la pobreza? Los pobres parten de un nivel muy bajo de capital por persona, y después se ven atrapados en la pobreza porque la proporción de capital por persona en realidad va decreciendo de una generación a otra» (p. 345). Una razón para esto es que la población crece más que el capital. No encontramos en el texto los factores de reducción de capital que provienen de la debilidad competitiva, la pérdida de valor que resulta de la falta de competitividad. La depreciación no está relacionada a la competencia. Son el tiempo, el gasto y el reparto los que reducen el capital de los pobres, fuera de su propia enfermedad o muerte. Estamos, pues, básicamente ante una versión preeconómica, física, del capital.

La solución a la descapitalización que profundiza la pobreza y endurece la trampa consiste en la ayuda exterior, así, «las inversiones orientadas respaldadas por la ayuda de donantes constituyen la clave de la desactivación de la trampa de la pobreza. Las inversiones respaldadas por donantes son necesarias para elevar el nivel de capital por persona» (p. 346). A pesar de esto, líneas más abajo el autor completa el tema añadiendo que «sin la financiación de los donantes, las inversiones necesarias simplemente no pueden financiarse» (p. 352). El Estado no puede hacer gran cosa por su cuenta porque su aporte depende del presupuesto público y este a su vez, por razones que no logramos entender, de las contribuciones de los propios pobres a ese presupuesto. Por ello, no encontramos la posibilidad de la redistribución entre ricos y pobres en el país. Es decir, para los efectos prácticos, no existen ricos en el país pobre. La ayuda exterior es la que financia a los pobres y a sus Estados. Por otro lado, la empresa privada de los países pobres está poco presente en el libro y su papel es invertir en la producción rentable y solo complementar con sus contribuciones a las inversiones públicas en educación, salud

y nutrición (p. 354). La tributación está poco presente en el libro y, ciertamente, no es una fuente principal del financiamiento del Estado. De ahí la importancia de la ayuda exterior.

El capítulo está lleno de interesantes recomendaciones para una política de inversiones que deben leerse con interés por quienes tienen experiencia en trabajos de base en pro del desarrollo. En general, destacan las medidas que apuntan al aumento de la capacidad tecnológica de la sociedad *de abajo arriba* (p. 361). Resulta importante el acento puesto en las capacidades locales y en la conveniencia del entrenamiento correspondiente. Sin embargo, los grandes hitos que sirven, además, de ejemplos de éxito tienen una importante connotación tecnológica y un respaldo del exterior. Se trata de que alguna institución llegue con una tecnología particular a atacar algún problema específico. La Revolución Verde (Fundación Rockefeller), la erradicación de la viruela (OMS), la campaña por la supervivencia infantil (UNICEF), la Alianza Mundial para la Vacunación y la Inmunización (Hill y Melinda Gates), la campaña contra la malaria (OMS), el Programa de Lucha contra la Oncocercosis (OMS, BM, Merck, FAO y PNUD), la Iniciativa de Erradicación Mundial de la Poliomeilitis (OMS, UNICEF, Centros de Control y Prevención de Enfermedades de EEUU, Rotary Internacional, etc.), la difusión de la planificación familiar (Fondo de Población de la ONU), las Zonas de Procesamiento de Exportaciones en Extremo Oriente y la revolución del teléfono móvil en Bangladesh son, cada uno, presentados sumariamente en el capítulo para ilustrar el tipo de inversión necesaria para la erradicación de la pobreza. Los inventores innovadores, los organismos multilaterales y las grandes empresas parecieran ser la variable exógena que pone en marcha los procesos de erradicación de algunas de las expresiones más terribles de la extrema pobreza. Las experiencias recogidas muestran al profesor Sachs *algunas cuestiones básicas: en primer y principal lugar la importancia del «respaldo de una tecnología adecuada que puede aplicarse de forma generalizada, una dirección organizativa y una financiación adecuada»* (p. 372). Estos son, en efecto, los tres aspectos más destacados en el libro.

A partir de aquí en adelante, los capítulos tratan principalmente sobre las condiciones internacionales y el apoyo de los países ricos necesario para lograr avances en esos tres elementos. Un pacto global

es lo que propone Sachs en el capítulo 14 para erradicar la extrema pobreza. Un apunte rápido, pero certero, sobre la tarea de los países muy pobres sería, para el autor, que «Los países pobres deben abordar el fin de la pobreza con rigor, y que tendrán que dedicar una parte importante de sus recursos naturales a reducir la pobreza, antes que a la guerra, la corrupción y la contienda política» (p. 373). El pacto supone que los países pobres manifiestan clara voluntad política de acometer esa tarea organizándose con ese fin. Pero el acento del capítulo y del libro está en la responsabilidad de los ricos. Al respecto, la crítica a la mezquindad y a la doblez en la cooperación internacional es mordaz. De ahí la alta responsabilidad que el autor le asigna a la ONU (p. 399) y las críticas al FMI y al BM (p. 385–387). Entre otras diversas sobre la resistencia a ampliar recursos de apoyo a las economías en apuros, se cuestionan, por ejemplo, elementos cualitativos medulares en la política de este, como la famosa *voluntad de pago* de servicios sociales básicos (p. 385) mientras se dejaba el problema de la deuda externa sin resolver (p. 392). Entre los muchos organismos a los que propone convocar notamos la ausencia de la OIT. En general, el tema del trabajo no es analizado y se acepta, a nuestro juicio, de una forma demasiado fácil, que las condiciones inhumanas de trabajo son un paso indispensable para trepar por la escalera del progreso.

El capítulo 15 es una arenga sustentando con múltiples cálculos ilustrativos la reducida cantidad de recursos necesarios para la ayuda de los ricos más ricos a los países extremadamente pobres. Es el capítulo más cuantitativo del libro, aunque en esa sustentación encontramos un excelente resumen del enfoque y los argumentos del libro (p. 404–405). Hemos utilizado un par de citas de esa parte al comienzo de esta reseña. El capítulo 16 del profesor Sachs arremete contra los argumentos culturalistas, los basados en la supuesta naturaleza de los pobres, la corrupción como excusa para no ayudar, las deficiencias en las democracias o la supuesta ausencia de valores modernos. Más bien, una de las *culturas* dañinas para el desarrollo es la de los extremistas del mercado libre y la privatización (p. 443). Muestra que contra ese fundamentalismo la evidencia empírica no registra relación alguna entre el Índice de Libertad Económica de Heritage y el crecimiento económico de los países (p. 445). En este capítulo dedica dos páginas a resumir el planteamiento de Hernando de Soto y a

criticarlo por la simplificación de la realidad en la que incurre e indica que muchos países crecen rápidamente sin haber resuelto el problema de titulación y de escrituras que este autor pone como condición previa al progreso económico. Los argumentos de quienes se oponen a medidas de control de la natalidad son cuestionados al final de este capítulo. También los de quienes suponen sin fundamento que la globalización terminará elevando la condición de vida de todos. Para el autor: «[...] la subida de la marea no llega a las cimas de las montañas de los Andes ni al interior [sic] de Asia o África» (p. 453).

El capítulo 17 fundamenta la conveniencia para los ricos de acometer esta tarea de inmediato. La seguridad estadounidense, la generación de confianza mundial en el gobierno de ese país, etc. entran en la argumentación destinada a mostrar la eficiencia de la lucha contra la pobreza mundial. Además, esa lucha no requeriría de grandes sacrificios para la inmensa mayoría de los ciudadanos de países ricos pues la fuente de recursos es una combinación de reducción del excesivo gasto militar y el aporte de «los más ricos de entre los ricos [...]» (p. 478).

El capítulo 18 constituye una puesta en perspectiva histórica y de filosofía política y moral del reto de *nuestra generación*. La propuesta del autor se sitúa en la continuación de las ideas de Jefferson y otros seguidores de Locke y Hume, de Adam Smith, de Kant y Condorcet. También ese reto se sitúa en la perspectiva moral de la lucha antiglobalización a la que recrimina sus episodios de violencia y su espíritu excesivamente antiempresarial, a pesar de reconocer que en esa lucha se acierta en el cuestionamiento de la influencia política de las grandes empresas (p. 493). La propuesta del libro es una *globalización ilustrada*, en el sentido de cuestionar el papel de los EEUU. Finalmente, Sachs escoge grandes hitos en el avance de la humanidad para mostrar la viabilidad de la tarea de erradicación de la extrema pobreza: el fin de la esclavitud, del colonialismo, la conquista de derechos civiles y la derrota del *apartheid*. Los pasos concretos para el siguiente hito son: “Comprometerse a acabar con la pobreza”, “Adoptar un plan de acción”, “Alzar la voz de los pobres”, “Contrarrestar el papel de EEUU en el mundo”, “Recuperar el FMI y el Banco Mundial”, “Reforzar las Naciones Unidas”, “Utilizar la ciencia global”, “Promover el desarrollo sostenible” y “Formular un compromiso personal” (p. 502–506). Es, pues, un libro de campaña de movilización.

La claridad de los planteamientos corre el riesgo de abrir muchos flancos o cauces a la crítica académica y política y, sin duda, es un libro abiertamente polémico. No podemos alargar lo que es ya una extensa reseña y nos limitaremos a algunas ausencias en cuanto al enfoque. En general, hay poca presencia de análisis de las estructuras sociales y de poder jerárquico en la que están inmersos los pobres. No hay ricos ni pobres en países pobres. Los pobres nos han parecido esencialmente individuos relativamente descontextualizados. La estructura económica de los países y las características de la competencia económica en los mercados, de los procesos mismos de competencia, tampoco están significativamente presentes. La *destrucción creadora* y sus efectos sobre los rezagados y el proceso de reproducción de la pobreza resultante del progreso mismo en un contexto de competencia no se resuelven a nuestro juicio con llamados a la cooperación. Diversas iniciativas de cambio institucional están presentes en el libro, pero no ocupan un lugar importante frente al peso de la tecnología, las medicinas y las múltiples dimensiones del capital que ocupan prácticamente todo el espacio. Los cauces más específicos por donde la ayuda debe llegar son complejos y el autor es consciente de ello, de ahí el diagnóstico diferencial que reclama como necesario. La acción colectiva de los pobres aparece poco, aunque sí lo hace en ciertas experiencias como las de los pobres urbanos que viven en ambientes fétidos y estrechos en largas filas de casetas precarias a los costados de las líneas férreas de Mumbai (p. 338–342). El proceso migratorio está también poco presente, como asumiendo que el objetivo de las familias extremadamente pobres será quedarse en su propia tierra. En general, el protagonismo más destacado y reclamado es el de los países ricos y, especialmente, el de los individuos más ricos entre los ricos. Hacia ellos se dirige el principal llamado a acometer una acción ambiciosa y de escala mundial, en esa medida, el libro introduce una gran novedad frente a las estrechas versiones de la responsabilidad social de la empresa que abundan en estos momentos.

Javier Iguíñiz
Departamento de Economía
Pontificia Universidad Católica del Perú